



AMEIS Asociación de Mujeres Escritoras e Ilustradoras

Después de

El paseo en soledad y la tormenta de la tarde de un viernes cambian la vida de Sara en esta edición de Carta Local. Accidente e incidente son el punto de partida

DILEMA

Como fantasmas, como cíclopes, como arañas, las grúas de las laderas bailaban de puntillas. Sara tomó la senda que subía en zigzag donde las yemas de los chopos punteaban las heridas abiertas del monte. Esquivó tuberías, andamios, orugas, perforadoras.

Eso ocurrió una tarde de viernes cuando, por fin, decidió dejar sus historias. Abandonó el exclusivo complejo donde vivía y empezó a caminar rápido y sola, como le gustaba. La primavera parecía empeñada en desordenar el mundo. Llegó a otra urbanización de lujo que llevaba años horadando la montaña. Como un monstruo ansioso por tomar la cima, trepaba repechos, mochaba promontorios y barrenaba peñascos.

Las nubes blancas ahora eran un amasijo negro que bailoteaba sobre la cumbre, las sombras se alargaron. En la lejanía, varios rayos cruzaron el cielo. Más y más cerca. Por el vello erizado y el zumbido que emitía su colgante y la cadena de oro, Sara supo que la descarga era inminente. Se despojó de los pendientes, de la alianza, de la cadena. Los chopos y los liquidámbaros se encogían de miedo. Lanzó el móvil lo más lejos que pudo y se puso en cuclillas sobre un tocón al amparo de un rodal de arbustos.

En cuanto la tormenta eléctrica parecía amainar, echó a correr ladera abajo, los latigazos de la retama amarilla contra su cara. De pronto creyó ver un niño tirado bajo unos andamios y se acercó para auxiliarlo, pero era una sudadera verde manchada de sangre. Los árboles y los pájaros enloquecían. Perdió una zapatilla, pero no dejó de correr. Solo recuerda la caída y el golpe de la cabeza contra unos cascotes.

La bombardearon a pruebas, pero ni los mejores neurorirujanos del país le encontraron lesiones cerebrales. Nada, a pesar de los mareos que ella insistía haber sufrido tras la caída.

Tampoco pudo explicar quién la había llevado al hospital. O tal vez no quiso. Aunque la fractura era grave, la herida estaba limpia y desinfectada, los apósitos con restos de yodo bien sujetos con una venda compresiva. Y un gorro de lana con una borla roja. Aunque las gasas y los vendajes eran de los que vienen en cualquier kit de primeros auxilios, se adivinaba una mano experta, le aseguró el

cirujano al marido. Un auténtico milagro que su esposa no hubiera muerto o sufrido un sangrado intracraneal.

Recuerda que tardó en acomodarse a la oscuridad. Entre pedazos de recuerdos, volvió a sentir el eco de los truenos y aquella escena que no podía quitarse de la cabeza. Por el relumbrón de un rayo supo que estaba en una gruta. Pudo oír el viento, el granizo. Más destellos. El aire olía a mimosas. Se tocó la cabeza fajada. Dolía. Una mano le acercó un vaso de metal con agua y le hizo tragar una pastilla. Debía de tener fiebre porque la misma mano grande le aplicaba un paño mojado en la frente y en la nuca. En las axilas. En el pecho. Alguien la estaba cuidando con cariño. Una prenda o una manta pequeña hacía de almohada. Los dos zapatos puestos y unos calcetines demasiado grandes. Pasaron horas, tal vez días.

El mareo y el dolor le impedían hablar. Repasó los momentos previos al accidente. La ferocidad de la tormenta. Recordó haber tirado sus joyas a la oquedad de un álamo, la imagen de la cadena columpiándose en una ramita. Pensó en el niño de la sudadera verde y cómo, en el atolondramiento de la huida, había perdido una zapatilla.

Otro fulgor le hizo ver sus vaqueros y la chaqueta tendidos sobre un tablón. El collar y los pendientes puestos. Ni rastro de la alianza. Se palpó el abrigo que llevaba puesto: era enorme, con muchas cremalleras. Al buscarse las bragas volvió a perder el conocimiento.

Han pasado cuatro semanas y Sara sigue recuperándose mientras ordena sus recuerdos. Las sombras de las nubes como ejércitos de siluetas tomando la cumbre. La visión de la sudadera ensangrentada. Aquella mano colosal calmando la suya.

Se sirve una copa de su mejor vino y va al cuarto de baño. Un buen trago. Y otro. Se acaricia los pezones oscurecidos, no soporta el roce. Le da la vuelta al reloj de arena y mientras espera a que el predictor le hable, observa las motas de polvo a través de los rayos de sol. Sabe que es un minuto lo que tarda la tira en cambiar de color, aun así, vuelve a darle la vuelta al reloj. Nada. Se toca el abdomen y vierte el resto del vino en el lavabo. Apaga el cigarrillo. Se vuelve a tocar los pechos, el vientre. ¿Y si se tratara de un falso negativo?

Repasa otra vez los hechos, pero hay demasiadas lagunas. La gruta. Porque había una gruta y un hombre, de

e la tormenta

da de Sara, la protagonista del relato que la creadora Marga Cancela trae a las páginas de a del nuevo rumbo que la autora traza para su personaje y su historia. Feliz lectura...

eso está segura. Se quita el gorro y busca el aroma de él, pero solo huele a suavizante. Consulta el proyecto del Ayuntamiento sobre las urbanizaciones en la ladera. Estudia los mapas de la Federación Madrileña de Espeleología. De antiguas minas. Nada. Absolutamente nada en cuarenta kilómetros a la redonda.

Por un momento vuelve a su vida repetida y falsa de los últimos once años. Su matrimonio. Una bonita jaula de cuatrocientos metros cuadrados y una parcela que podría alimentar a todo un rebaño.

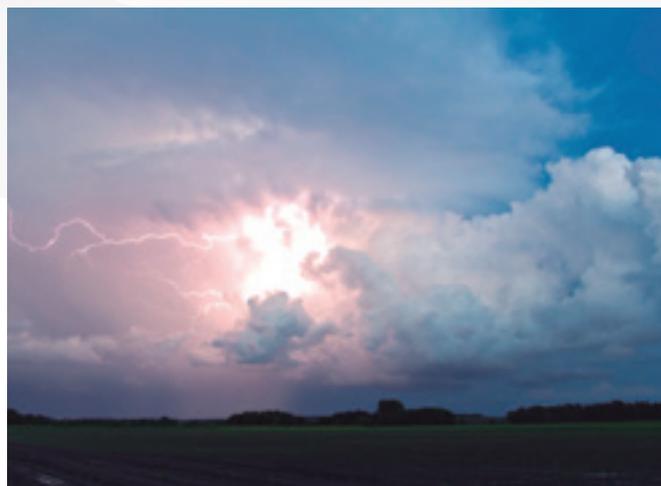
¡Enhorabuena, Sara! Por fin vas a ser mamá. Menuda alegría se va a llevar Pedro José. Justo ahora que ya lo habíamos convencido de que también él se hiciera el test de fertilidad. ¡Menuda sorpresa!

Sara siente un mazazo en el esternón, como si el mundo se hubiera parado en seco. Un largo silencio y empieza a hundir los dedos en el pelo hasta acariciarse el queloide de la brecha. Se esfuerza por recomponer los músculos, pero al intentar ponerse de pie las rodillas se le pliegan como navajas barberas.

Conque nunca se lo había hecho, ¿eh? Y el muy canalla dejó que ella se sometiera a pruebas y estimulación ovárica durante dos largos años. Incluso le sugirió bajarse una aplicación en el móvil que le ayudase a llevar un mejor control de la ovulación. Tal vez le cuente, o tal vez no. Esa será su venganza. Y le viene a la memoria una frase que escuchó esa misma mañana en la radio: "Si no tienes una buena razón para quedarte, entonces ya tienes una buena razón para irte". Sonríe.

Sí, menuda sorpresa, doctor.
(No lo sabe él bien).

¿Quieres que llamemos a tu marido, Sara?



El ginecólogo sonríe satisfecho por el buen resultado de sus tratamientos.

No. Prefiero que no, doctor.

Ya lo comprendo, quieres ser tú quien le dé la buena noticia. ¡Por fin embarazada! Sí, menuda sorpresa se va a llevar Pedro José.

(El ginecólogo no lo comprende, ni en un millón de años lo comprendería).

Sí, quiero ser yo quien se lo diga a mi marido.

Y Sara empieza a frotarse las orejas tal como acostumbra cuando miente.

Entonces agendamos una cita para... dentro de dos semanas, ¿de acuerdo?

(Espero que no. Ni atada volvería aquí).

Vale.

Me llamarás si necesitas algo, ¿verdad, Sara?

(No lo haré).

Claro, doctor. Por supuesto.

Marga Cancela Negreira

MARGA CANCELA NEGREIRA

nace en Ordoeste, La Baña, La Coruña. Trabaja y estudia en Londres y París. Es Diplomada en Comercio Internacional en Cambridge y licenciada en Filología Inglesa por la Universidad Complutense. Catedrática de Inglés y profesora. En el ámbito profesional tiene varias publicaciones.

Sus cuentos aparecen en más de una docena de antologías. Colabora con la revista cultural El Asombroso. Su novela Sapos de otro pozo fue Primera Finalista del Premio Internacional de narrativa de la Ciudad de Torremolinos, 2016.

